

Razonar escribiendo, escribir para razonar

Uri Ruiz Bikandi

“Lo que se concibe claramente se explica con claridad” (Boileau)

(Conferencia invitada en las V Jornadas “Usos, Historia y enseñanza de la lengua escrita” celebradas Vitoria-Gasteiz, 15 de Mayo de 1999)

PRESENTACIÓN

Buenas tardes. En primer lugar quisiera agradecer, tanto al equipo organizador de las jornadas, como muy especialmente a Myriam Nemirovsky, la oportunidad que me habéis brindado de poder comunicarme con tanta maestra y maestro entusiasta. Asistí primero a las Jornadas celebradas en Aranjuez y después en Vigo, y en ambas disfruté y aprendí mucho. En verdad, creo que el movimiento que estáis creando ha venido a renovar los impulsos más vitales de la en otros tiempos llamada Escuela Nueva, de la escuela cooperativa, de esa escuela que hace veintitantos años, cuando queríamos salir del túnel franquista, estaba tan activa entre nosotros.

En Aranjuez pensé que representáis hoy lo que entonces fueron los movimientos de Renovación Pedagógica, en los que tanta ilusión pusimos y tanta ilusión nos dieron. En ellos descubrimos el placer de trabajar en equipo en el complejo camino del aprender y el enseñar.

Me habéis invitado a reflexionar en alta voz sobre mi propio proceso de escritura. Ante todo, debo comenzar diciendo que yo no soy una escritora, en el sentido que habitualmente se da al término. Soy solamente una persona que escribe de forma cada vez más frecuente y sistemática. Ser docente en la universidad obliga a ello. La escritura es mi instrumento natural de trabajo, algo que a estas alturas me resulta imprescindible para ordenar las ideas.

Las gentes del gremio nos pasamos la vida escribiendo, aunque no sea más que de modo privado, pero somos remisos a hacerlo públicamente. Recuerdo mis primeros años de enseñanza en la ikastola de Elorrio, en los setenta, donde el entusiasmo y la capacidad de aquel claustro para la crítica y el análisis nos llevó a hacer cosas interesantísimas que aún hoy guían mi práctica de maestra de futuros maestros. Pues bien, ya entonces, mis compañeros y yo éramos conscientes de que los vericuetos, los

éxitos y las equivocaciones de nuestro trabajo debían ser recogidos y sistematizados. Sabíamos que una experiencia que no se recoge de modo riguroso difícilmente se puede intentar repetir.

Pese a que nos lo decíamos con insistencia, nadie escribió jamás nada. Nos parecía algo penoso, nos creaba inseguridad. Hoy echo en falta las actas de reunión de mis niños, los debates en las asambleas, las notas sobre cómo reorientar los juicios que se hacían en clase, los proyectos de ciencias naturales, las cartas que daban fe de las relaciones entre los niños y el ayuntamiento, las revistas que editábamos con membrillo o multicopista manual... incluso las pruebas escritas de nuestros conflictos con parte de la comunidad escolar. Nada de aquello ha quedado, si no es en nuestra memoria. Y la memoria, lo sabéis bien, es débil. Por eso se creó la escritura.

De hecho, ella constituye hoy un instrumento imprescindible para vivir en nuestras sociedades, en las que, pese al dominio de los medios audiovisuales, o precisamente a causa de ellos, su presencia es cada día mayor. Se publica más, la burocracia ha crecido, Internet nos ha comunicado exhaustivamente y cada día estamos más obligados a escribir.

DE QUÉ SIGNIFICA ESCRIBIR BIEN

Yo he venido a reflexionar con vosotros sobre mi experiencia de aprendizaje en el trabajo con el texto escrito. Es una tarea que me inquieta un poco, porque una no está acostumbrada a hablar en primera persona, hablar largo de su propia experiencia como si fuera algo digno de ser tomado en cuenta. En realidad, quisiera que me librais de la sensación de que esta charla pudiera interpretarse como una pedantería. Me gustaría que colaborarais conmigo entendiéndolo que es un modo directo de pensar juntos. Pensando que de eso se trata es como me he animado a hacerlo.

En verdad, hay muchos modos de escribir bien y muchos de escribir mal. Cada cual tiene sus formas de contar y explicar, como las tiene de hablar, y eso presenta la misma ventaja que el que todos tengamos caras diferentes: hace la vida más interesante.

Si soy sincera, creo que mi escritura puede mejorar mucho, pero también sé que lo hago mejor que hace unos años. Diría que incluso mejor que el año pasado, lo que en sí mismo ya resulta esperanzador.

Así pues, voy a intentar explicar qué caminos he recorrido, qué ocurre en mi mente cuando escribo, porque como sabéis, en la escritura lo único imprescindible es la cabeza. Lo haré por partes.

En principio voy a hablar del modelo por el que de forma más o menos consciente me guío hoy. Hay un modelo ideal que orienta mi actuación en el trabajo de escritura, diríamos que representa lo que considero una buena escritura. En función de ese modelo ideal puedo juzgar la calidad de lo que voy escribiendo e intentar actuar en consecuencia. Más tarde contaré qué pasa en mi cabeza al elaborar el texto. Finalmente haré referencia a los criterios -que creo compartidos- que utilizamos en la dirección de la revista TEXTOS que codirijo con Inés Miret, Carlos Lomas y Amparo Tusón. Empiezo, pues.

Ese modelo que mencionaba de lo que considero deseable en mi escritura ha sufrido a lo largo de estos años una larga evolución, a la que han contribuido fundamentalmente dos cosas: mis lecturas sobre la escritura y la lectura de artículos y libros de tradiciones retóricas diferentes.

LAS LECTURAS SOBRE LA ESCRITURA

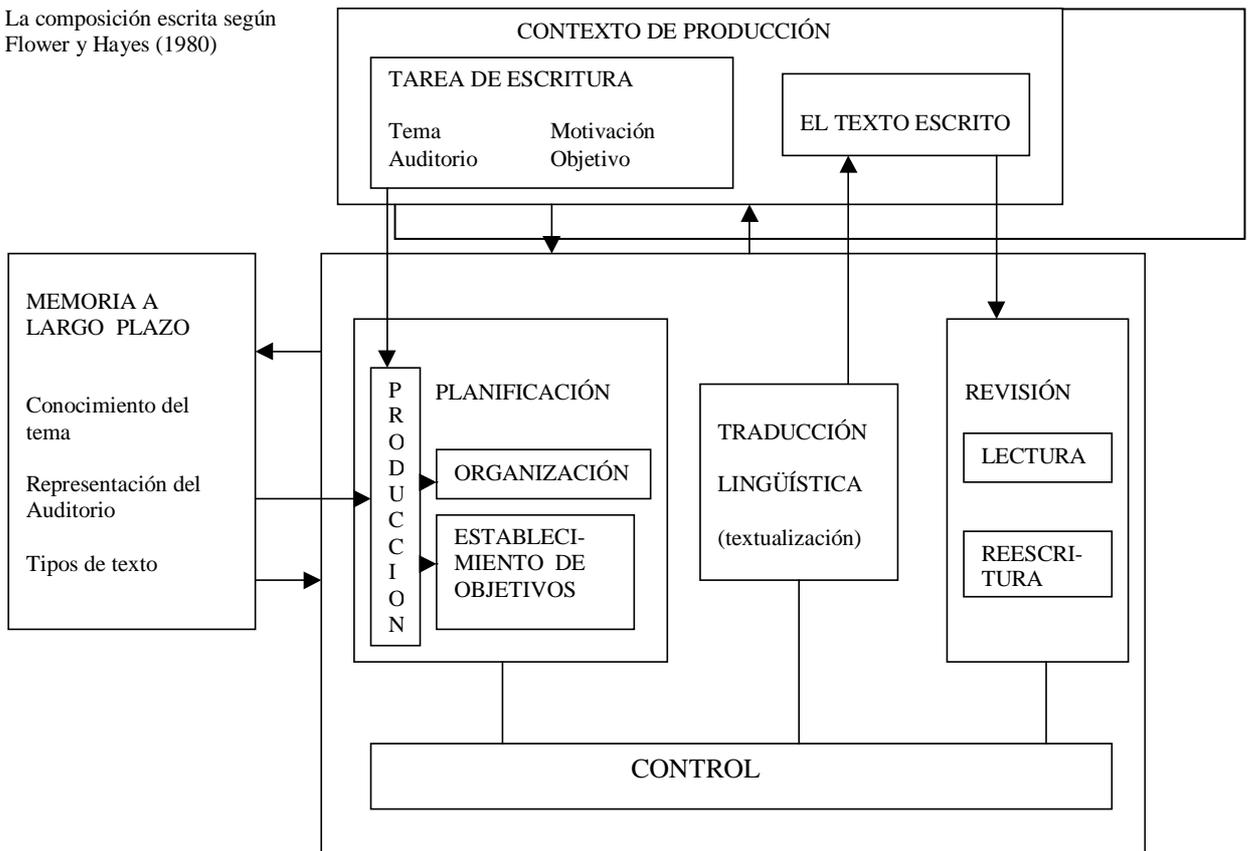
Las lecturas sobre la escritura me han producido grandes satisfacciones y descubrimientos. En realidad yo había creído siempre que no sabía escribir bien porque tachaba, borraba y corregía constantemente. Para mí era la evidencia de que no tenía lo que suponía poseían quienes lo hacían bien: fluidez, facilidad milagrosa. Siempre había considerado que el problema de los escritores consistía en saber qué decir, una cuestión de inspiración, o si se prefiere, de ideas, pero que una vez eso claro, el paso al papel se daba de modo casi automático, sin apenas alterar la versión primera, como no fuera para cambiar alguna palabra que sonara más eufónica o fuera más ajustada que otra. Yo, sin embargo, pobre de mí, volvía y volvía al texto, no encontrándome nunca satisfecha con el resultado.

Hayes y Flower¹ vinieron en mi ayuda. Ellos habían investigado cómo funciona el escritor experto, qué hace, cómo actúa ante el texto. Lo habían hecho a partir de analizar manuscritos y entrevistar a muchos profesionales de la pluma. Fueron

¹ Hayes, J.R. y L. Flower (1980) "Identifying the organization on writing process" in L.W. Gregg y E.R. Steinberg (eds.) Cognitive Processes in Writing. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, pp 3-30

para mí un gran consuelo. Ellos me enseñaron que –salvando las distancias y resultados varios- lo que hacía yo lo hace toda aquella persona letrada que tiene ante sí la tarea de escribir algo para lectores reales: guiada por un objetivo y a partir de sus conocimientos sobre el tema y de la idea que tiene sobre el auditorio a quien se dirige, planifica, escribe, revisa, lee, relee y reescribe

La composición escrita según Flower y Hayes (1980)



También conocí las diferencias entre los escritores novatos y los expertos, diferencias que señalaron Bereiter y Scardamalia, con lo cual el asunto se aclaraba por completo en sus aspectos más gruesos. No borrar, no tachar resulta ser precisamente la evidencia de inmadurez escritora. Esta era una noticia que mi autoestima, evidentemente, agradeció.

ANALIZAR LOS PROPIOS GUSTOS LECTORES

El otro tipo de conocimiento lo he extraído de analizar mis gustos lectores, o mejor, de analizar con qué tipo de autor me sentía inteligente, qué textos eran los que me ayudaban a entender con facilidad. Cuando recuerdo mis lecturas juveniles de textos teóricos, de temas que me interesaban pero de los que no tenía gran conocimiento, me veo leyendo una y otra vez el mismo párrafo, intentando deducir qué podría querer estar diciendo, volviendo y volviendo al texto hasta lograr atisbar algo de lo que supuestamente el autor pretendía comunicar. El prototipo de esas lecturas es la que hacía con la revista “Cuadernos para el Diálogo”, de feliz memoria. A la dificultad de los temas sociopolíticos, se unía el “decir entre líneas” propio de las situaciones de dictadura, donde quien coge la pluma utiliza forzosamente modos oscuros y oblicuos que pervierten la palabra, nacida en boca cosida.

Pero la culpa no era ni es toda de la situación política. Creo que la escritura abstrusa trasciende lo sociopolítico. En ella hay algo de regodeo en el yo, de discurso centrado en el emisor, que diría Todorov, frente a discurso centrado en el público. Son esos textos que, así traten del tema más sencillo, se lo ponen difícil a quien se acerque a ellos. Diríamos que representan una suerte de autocomplacencia y a la vez de sadismo literario.

Hace poco me comentaban sobre un profesor que tiene a gala el no ser entendido cuando escribe. “Quien quiera entenderme, que haga el esfuerzo” es su respuesta ante los comentarios amistosos que le insisten en que su prosa resulta ilegible. No deja de sorprender ese convencimiento ingenuo de poder despertar pasiones con la mera presencia del texto –trasunto de la propia persona-, esa pretensión de ser tan deseable, tan atractivo que le lleve a uno a pensar que los demás harán un esfuerzo ingente por acercarse a su mente privilegiada. La realidad es bien otra. Yo por mi parte, sospecho de los textos “esdrújulos”, de las prosas rebuscadas, de las desviaciones por derroteros impensables, de los alardes de erudición. Me aburren.

Creo, a partir de mi experiencia, que como dijo Boileau, “lo que se concibe con claridad, se expresa claramente” y que la oscuridad del texto evidencia problemas en el autor. La dificultad de los temas y la claridad de exposición están relacionadas con el dominio de todos los aspectos del asunto que se aborda. Hay una relación directa evidente entre el dominio del tema y la posibilidad de explicarlo con claridad. Cuando no se encuentra el modo de exponer algo tras varios intentos, va apareciendo con nitidez

creciente cuál es el punto donde una misma no tiene agarrado el problema o donde no están establecidas claramente las relaciones entre los diversos aspectos de lo que está tratando. La escritura, mejor aun que el habla, permite ese enfrentarse a la propia mente que tan imprescindible resulta para avanzar en el conocimiento del propio conocimiento.

Tampoco la claridad en el texto significa que éste esté al alcance de la comprensión de cualquiera. La imagen del receptor que se construye quien escribe determina el punto de partida de la exposición, es decir, los supuestos comunes de los que se parte. Si esos supuestos no se dan, el lector lo tendrá muy difícil.

Recuerdo la lectura de tesis de un amigo físico. Durante una hora estuve maravillada observando cómo escuchando hablar en una lengua que conozco perfectamente no podía entender absolutamente nada. Evidentemente, no hablaba para mí. Cuando me explica por qué vuelan los aviones le escucho embelesada y le comprendo a la perfección. Sabe lo poco que sé y me habla contando con ello. El receptor es pues, determinante en la comprensibilidad del texto. Pero una vez establecido el tipo de receptor, se trata de colaborar con él, de lograr una común inteligencia.

Hay autores que halagan al lector haciéndole sentirse capaz de entender cosas de una complejidad evidente. Yo creo que esa es una característica de la buena escritura, la que esté permanentemente interesada en ser “seguida”, la que coopera con el lector.

Creo que el hecho mismo de dar a la luz las propias ideas exige una mirada al interlocutor, un respeto hacia él que obliga a formular las cosas de forma que quien nos lea pueda entendernos y si lo considera oportuno, criticarnos. La oscuridad solamente provoca lo que algunas películas francesas de los 70, duda permanente de si una habrá entendido bien, disminución en la autoestima, nunca acuerdo o discrepancia, nunca dialéctica de ideas.

LAS TRADICIONES RETÓRICAS

Quisiera detenerme ahora en otro aspecto que condiciona la transparencia del texto, el relativo al marco cultural, a la tradición retórica desde la que se escribe, algo mucho más sutil y quizá tan determinante como las propias elecciones individuales de quien lo hace.

Si habéis leído libros editados en la Rusia Soviética, habréis comprobado que así tratasen del problema de la afasia o la teoría de la actividad, la norma era comenzar mentando las decisiones del último congreso de PCUS o bien citando a Marx, Lenin, etc. para, una vez establecida de este modo una conexión con el contexto ideológico imperante, abordar el tema real. Era, a mi entender, algo así como el pago de peaje en la autopista de la edición. El marco político imponía ciertas formas retóricas que todo el mundo observaba y cumplido el trámite, se pasaba a otra cosa. Supongo que los escritores soviéticos lo acabarían haciendo automáticamente.

El modelo dominante impone modos de hacer que si están en vigor durante muchos años los hacemos nuestros a base de interiorizarlos en cada una de las lecturas que llevamos a cabo. Cuando nos disponemos a escribir, esas formas aprendidas afloran de modo casi automático y la tendencia se retroalimenta. Así se crean las tradiciones.

Frente al habla cambiante, la escritura representa la tradición, es conservadora, lo que no es extraño, pues para conservar fue inventada. Y lo que la escritura conserva no son meramente mensajes o contenidos, sino también y conjuntamente, la forma en que esos contenidos se vehiculan. De ahí que en cada tradición lingüística unos modos de decir, unas formas de organizar el discurso acaban resultando típicas y difícilmente soslayables.

La tradición castellana en prosa expositiva ha recibido a lo largo del tiempo mucha influencia francesa. Sus rasgos son el recargamiento, el rebuscamiento terminológico, la obsesión por el matiz, el gusto por establecer relación entre temas no tangentes, una cierta obscuridad y un discurrir de las ideas de tipo exploratorio, que hace que el lector siga a menudo el texto sin saber hacia dónde le conduce, aunque a veces sea llevado a descubrir magníficos lugares. Cuando el escritor sabe lo que se trae entre manos y desea colaborar con sus lectores, estos textos ofrecen infinidad de sugerencias, abren caminos, indican derroteros posibles, relacionan mar y montaña. Sin embargo, este modo de hacer en manos de un escritor mediocre, malintencionado o poco hábil da lugar a textos-tortura, textos que hay que abandonar porque parecen pensados para echarnos constantemente en cara nuestra ignorancia y a poner a prueba nuestra paciencia.

Esta tradición retórica ensayística en la que el castellano se ha movido en los últimos siglos contrasta con la anglófona, pragmática, clara, ordenada y sin grandes pretensiones estilísticas. Su exponente más rotundo se encuentra en lo que ahora parece considerarse norma de escritura de artículos en el mundo americano: “Di de qué vas a

hablar, hazlo y termina diciendo qué has dicho”. A esta tradición no se le puede negar claridad, orden, incluso insistencia en asegurar la comprensión del lector, si bien con frecuencia, también en el caso de los menos sabios, resulta plana y un tanto aburrida.

Ahora bien, si hubiera que elegir, -y hay que hacerlo cuando se escribe- me inclino por el rigor inglés: me resulta preferible un texto flojo en versión anglo que el equivalente en rancia versión franco-española. El exceso de adjetivos, las frases interminables, las citas eruditas o los rebuscamientos formales son maquillajes que dificultan descubrir lo que hay debajo. Y con frecuencia ocurre que debajo apenas hay nada.

En especial en el campo de la lengua y la literatura, este vicio de tapar con mucho ropaje escuálidos contenidos ha sido moneda corriente. A esa retórica hueca que no lleva sino a justificar la ausencia de ideas algunos la denominamos “hablar de pájaros y flores”, pero quizá sea más plástico y aplicable al caso, lo que los letones dicen respecto al discurso de los políticos: “sonido de tonel vacío”.

En los últimos tiempos, el modelo inglés se está imponiendo y creo que si lo sabemos tamizar y pasar por el poso de nuestra tradición latina quizá el resultado no sea nada desdeñable. Cuando hablo de tradición latina estoy hablando también de la escritura en lengua vasca. Pese a no ser su origen tal, la nuestra es una lengua rodeada de latinidad desde hace dos mil años. En todo este tiempo ha vivido impregnada de cultura latina, determinante en la evolución de los modos de pensar y decir de ese gran espacio geopolítico y cultural dominado por la religión católica. De ahí que las características de la escritura en lengua vasca hayan discurrido paralelas a las tradiciones de las lenguas más potentes que la rodean. En estos momentos de impulso de las posibilidades de edición en lengua vasca, uno de los problemas que también a ella incumben es precisamente el de encontrar su modelo retórico.

El orden, la claridad y la sistematicidad en el desarrollo de las ideas son, desde mi punto de vista, las mejores características de una buena explicación. Sin embargo, es también cierto que el cuidado por la eufonía, la consideración de temas relacionados o relacionables, y la posibilidad de variar el tono en el discurso, la introducción de matices son, entre otros, factores que alegran la lectura y hacen la comunicación más inteligente, posibilitando como no lo hace el esquema rígido, la complicidad entre escritor y lector. Si tuviera que hacer unas leyes al modo de Grice, haría algo así:

“Sé clara. Sé ordenada. Considera que el lector es inteligente: no le digas lo obvio. No te guardes la información necesaria para que comprenda el tema. Tenlo en

cuenta constantemente. Alégrale la lectura con ejemplos, con anécdotas que expliquen bien en forma de parábola lo que quieres decir. Pisa tierra. No te andes por las nubes. Procura dejar claro de dónde procede tu conocimiento. No le agobies con citas excesivas, no seas pedante.”

LA PROPIA EXPERIENCIA

He dicho hace un rato que he aprendido de muchas lecturas y en especial de las lecturas sobre la escritura. De ellas he sacado mi idea actual de en qué consiste escribir un texto explicativo. Pero quizá de la propia experiencia de escritura es de donde he extraído el conocimiento más auténtico, el que pasa la prueba de fuego de la realidad.

Quizá el mayor placer de escribir sea acabar un texto en cuyo largo parto has estado haciendo esfuerzos y empujando mientras sudabas tinta. Cuando la criatura está ya a punto te queda siempre la duda de si será inteligente, amable y feliz, y de si alguien la querrá, pero tú la quieres porque es el producto de tu esfuerzo y eso compensa interiormente, da mucha satisfacción. Ahora eso sí, inmediatamente la entregas a manos de la nodriza y no quieres volver a verla en una temporada.

Sin embargo, a diferencia de los niños, el problema de los textos no es tanto sacarlos al mundo como engendrarlos y gestarlos. Hay embarazos textuales que son perfectos. Ni mareos, ni acidez, ni noches sin dormir. Una ansiedad por plasmar ideas que rueda suavemente hasta el final. Son los embarazos felices. Otros dan problemas en las primeras semanas y luego ruedan. Otros finalmente, vienen cruzados y hacen que la gestación se convierta en tensión permanente.

Intentaré ahora explicar, en lo que a mi experiencia toca, cómo se va conformando esa criatura verbal a lo largo del tiempo.

1.-La idea

“Muchas veces tomé la pluma para escribir y muchas la dejé por no saber lo que escribiría” (El Quijote. Prólogo)

En un principio está el status de la idea, hasta qué punto la idea está elaborada, si una tiene claro qué quiere decir, si está claro a dónde va. Me ha ocurrido en más de una ocasión tener que escribir algo que no sabía bien qué era. Diríamos que era preciso ponerse a escribirlo para saber qué forma tomaría el asunto, en el sentido de cuál era la

idea principal que quería comunicar. Muchas y variadas se combinaban en mi mente sin que el hilo conductor de todas ellas estuviera aislado. En estos casos es cuando el pensamiento resulta más claramente producto de la escritura, cuando una siente que puesta ante el texto es como sus ideas se ordenan y encuentran su lugar. Aunque éstos sean los artículos más costosos y los más rentables desde el punto de vista del desarrollo del propio conocimiento, quizá no sean los más claros, los mejores. Tiempo después se podría escribir sobre lo mismo algo mucho más nítido.

A veces se acaba concluyendo que lo que se tiene que decir no tiene interés, no aporta nada nuevo. Entonces es mejor abandonar, pero nunca antes de haber hecho el intento y no antes de habérselo dado a leer a alguien de cuyo criterio nos fiamos. Pero de eso hablaré más tarde.

En realidad, para comenzar a escribir lo más interesante es tener una pregunta clara y una respuesta redonda que es preciso desarrollar. Los aspectos de la pregunta se relacionan con los de la respuesta, y el trabajo de escritura consiste en decidir cómo concatenar y ligar los distintos puntos en una relación que aparezca lógica y transparente.

2.-Los guiones

Para eso se escriben guiones, aunque el guión puede ser escrito en un día, corregido otro y ni siquiera mirado cuando una se pone ante el ordenador. De hecho, por ejemplo, la idea de esta charla fue pensada en enero, elaborado un rápido guión que reposó tres meses en mi agenda. Tiempo después, al pasarlo al ordenador, sufrió cambios. Cuando escribí el resumen de la charla que tenéis en vuestras manos, ni siquiera lo tuve presente, porque recordaba su idea principal. Semanas más tarde, un día después de haber comenzado a escribir este texto que guía mi exposición, me levanté de la cama pensando que, antes de abordar qué me pasa durante el proceso de escritura, debería hablar de mis ideas previas sobre lo que la tarea significa y de cuál es su origen. Por eso esta charla tiene la estructura que estáis viendo.

Como veis, no soy una persona muy ordenada. Una amiga mía dice que construye el guión enunciando la idea clave de los diferentes epígrafes y que luego, diríamos, “los rellena”. Ella escribe bien y resulta muy cordial con el lector. A mí me parece un milagro que lo pueda hacer así.

El guión previo constituye un apoyo fundamental, aunque luego acabe completamente transformado. Ayuda a centrar la idea, a jerarquizar el contenido de lo

que se quiere decir. Si se domina el tema, si se tienen controlados todos los aspectos de la idea, el comienzo está en él. Luego será transformado quizá completamente, gracias, entre otras cosas, al cortar y pegar que ha venido en nuestro auxilio.

3.-Las lecturas previas. La toma de notas

Pero cuando se debe escribir sobre un tema complejo que está sometido constantemente a revisión o que hace tiempo no se ha frecuentado, las lecturas previas, la puesta al día es obligada.

Leer, subrayar, hacer una segunda lectura, tomar notas, copiar citas textuales de los libros o artículos de consulta, resultan actividades imprescindibles. Hay gente que ha sido bien entrenada en la investigación, que además de las fichas correspondientes a cada libro o artículo, elabora fichas muy completas, clasificadas temáticamente, donde se agrupan ideas sobre el tema desarrolladas por distintos autores. Yo debo de confesar que me gustaría poder hacerlo, pero siempre me encuentro tomando mis notas de un libro o un artículo mientras tengo otros cuantos a la espera, de modo que me limito a escribir en grandes cuadernos en los que recojo lo que considero fundamental de cada artículo o cada libro. En general, cada cuaderno está relacionado con el tema que me ocupa cada vez. El resto lo dejo a la memoria. Qué he escrito dónde es algo que queda a su cuidado.

A veces, notas rápidas sobre un determinado artículo han quedado sueltas, sin consignar de dónde procedían. Quizá estaban reseñados el autor y el título, pero no el año de edición o la página de donde se había extraído el texto literal, o bien faltaba la editorial. Con el tiempo se aprende la importancia de este error: esa información queda inservible. Al tomar notas es imprescindible hacer una completa reseña bibliográfica si se piensa que esa información puede ser utilizada un día. Y siempre llega un día donde resulta perfecta para avalar o contradecir un argumento, porque lo estudiado queda en nosotros como parte de un pensamiento que aflora al escribir, donde no sirve decir “recuerdo algo así como”.

Creo que tengo mucho que aprender en lo que se refiere a mi modo de fichar. No pierdo la esperanza de que lo conseguiré algún día.

4.-La lectura simultánea a la escritura

Cuando empiezo a escribir, echo mano de mis notas, pero no acaba ahí el trabajo de lectura. Lo principal está claro, pero en función del tema y del tipo de texto y

público de que se trate, me sobreviene la necesidad de asegurarme de que no se me escapa nada importante. Ello me obliga a leer y leer más. Unos libros llevan a otros, de tal modo que a veces la escritura queda paralizada porque he encontrado algo nuevo que da al tema un enfoque distinto o plantea problemas que no había tenido en cuenta con anterioridad. En ese caso puede ocurrir que me entre un pánico paralizador, que me impide ponerme ante el teclado hasta no estar segura de mis ideas. Puede también que la lectura simplemente me sirva para matizar una afirmación hecha con anterioridad.

Cuando el tema me resulta poco conocido o no he llegado a saber qué es exactamente lo que quiero decir, la tensión se hace excesiva. Estos son los momentos de zozobra en mi escritura. No es extraño en ellos despertarme por la noche con fórmulas que solucionan el problema. Alguna vez incluso me he levantado a escribirlas, para poder seguir durmiendo, pero he comprobado que por la mañana casi nunca se entiende bien lo escrito entre sueños. Entonces decido que me conviene ir al monte o hacer ejercicio.

5.-Las voces del texto

A la hora de escribir, señalar la autoría de las distintas voces que conforman las ideas que vamos vertiendo en el texto es un trabajo de justicia elemental y de rigor intelectual básico. Pero ésta es una tarea que cuesta más cuando más novato se es. Creo que el manejo de la referencia bibliográfica adecuada se va logrando con el tiempo. Observo que mis alumnos, que vienen de la escuela del “copia y que no te pillen” son remisos a citar fuentes. Les da la impresión de que si dicen que las ideas vertidas proceden de otros textos, su trabajo desmerecerá. En realidad, parecen creer que el trabajo científico o el académico son una labor de genios, de gentes cuyas ideas nacen de la nada, cuando en realidad se trata de un diálogo entre distintas voces, entre pensamientos que convergen y discrepan, una conversación en la que ellos y nosotros intervenimos, eso sí, de manera muy modesta y en voz baja. Distinguir esas voces es fundamental para entender lo que se trata, para poder diferenciar, analizar, discrepar y avalar lo que decimos con el recurso a la autoridad.

El vicio contrario consiste en citar a todo pasto, en una pretensión ingenua de impresionar al lector con nuestra erudición. Cuando leo textos así recuerdo el maravilloso prólogo del Quijote, donde Miguel de Cervantes, en un magnífico juego literario, se confiesa confuso al prologar su libro, temeroso ante las críticas que a buen seguro tendrá:

“... una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes”

Ante lo cual, un amigo “gracioso y bien entendido” que viene en su ayuda le ofrece los consejos pertinentes para dar solución al problema:

“Vengamos ahora a la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues este mismo abecedario poneis vos en vuestro libro que (...) cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores a dar de improviso autoridad al libro, y más, que no habrá quien se ponga a averiguar si los seguistes o no los seguistes”

La cita insensata, ya lo habéis comprobado, no es nueva. Por ello es imprescindible, junto a la necesidad de citar las fuentes, no pretender impresionar, porque hace siglos que se sabe cómo se puede citar haciendo trampa, y cuáles son los motivos ocultos de una citación excesiva.

6.-Las ilustraciones de la idea

Para lograr una explicación clara, la aportación de pruebas, ejemplos y anécdotas que ilustren lo que se dice es otra estrategia básica. Creo que un buen ejemplo o una buena anécdota hacen más por el conocimiento que muchas páginas de teoría pura. En realidad, la concentran. Los contraejemplos también ayudan a entender mejor una idea que se presume puede resultar compleja o ambigua. Escatimar ejemplos temiendo “bajar de nivel” me parece que es atentar contra los principios de cooperación comunicativa.

Tengo la impresión de que dar con una buena ilustración de lo que se dice tiene que ver con el dominio que se tenga del tema. Cuanto mejor se conoce un asunto, mejor se sabe ilustrarlo desde distintos puntos de vista.

Creo además que los ejemplos rompen la monotonía de la explicación, suponen un quiebro en el tono del texto y le dan a éste frescura. Relacionar las ideas con la vida las sitúa en la justificación primaria del pensar: entender el mundo que nos rodea. Haciendo referencia a ese mundo se posibilita que las ideas encuentren su origen o su marco de aplicación. Si un ejemplo es gracioso, es mejor que si no lo es. Si es sorprendente, ilustra de modo más claro. El problema es que a menudo resulta difícil dar con aquella anécdota que plasme con gracia lo que se está diciendo. En mi caso, encontrarla es de las cosas que más satisfacción me producen.

Dependiendo del tipo de texto que se tiene entre manos, los cuadros y los esquemas pueden ser clave en la comprensión global de las relaciones entre las partes. Los cuadros resumen las ideas y representan un ejercicio de síntesis interesante. Un buen esquema es algo más complejo. Puede llevar semanas de elaboración. Resulta increíble cómo algo que no tiene más que unos cuantos términos y unas pocas flechas que los relacionan puede ser tan apasionante. Recuerdo que la elaboración del cuadro que recoge los contenidos en el Diseño Curricular de Lengua para la ESO de la Comunidad Autónoma Vasca nos llevó más de un mes de trabajo a cuatro personas. Habíamos partimos de otro, hecho por el equipo de la reforma de Valencia, que fuimos transformando, cambiando, puliendo, hasta que resultó uno distinto, acorde con lo que nosotros proponíamos. El cuadro nos ayudó a tener las ideas mucho más claras, fue la base de infinidad de discusiones en nuestro equipo. Una cosa tan aparentemente tonta como la dirección de una flecha que indica, por ejemplo, la dirección de una influencia, se convierte en asunto muy discutible, si se trata de un tema tan multifactorial como la lengua en uso.

7.-La sintaxis

Llevo un rato hablando de cómo ilustrar las ideas, pero aún no he tratado de la escritura en sí misma. Además de tener ideas, hay que organizarlas, y el momento de pasar del guión al texto exige elegir las palabras y el orden en que se dicen. En realidad, gran parte de la legibilidad del texto está relacionada con el correcto orden de las palabras. La sintaxis no es una cuestión que deba considerarse obvia, que venga dada. Menos aún para gentes que manejamos habitualmente lenguas con sintaxis muy diferentes. Una tendencia que intento evitar, tanto en euskera como en castellano, es la colocación del sujeto en posiciones finales, algo que no es extraño a ninguna de esas dos lenguas y que con frecuencia observo en mis textos. Sé que se lee mejor cuando el

sujeto, o mejor, cuando el tema de que se trata, pasa a primer término, se tematiza, porque permite al lector saber de qué se está hablando. Diríamos que esta idea responde a una regla muy sencilla, tan sencilla como la inglesa que he mencionado antes: “Dí de qué hablas y luego dí qué dices sobre ese asunto”. Francamente, creo que en esto mi escritura ha mejorado en los últimos tiempos.

Otra cuestión es evitar la subordinación excesiva, porque “desempaquetar” ayuda a entender, facilita el trabajo de interpretación. Es verdad que el riesgo que conlleva es la excesiva parcialización de las ideas, pero eso se arregla con los imprescindibles puentes de cohesión que deben establecerse entre ellas. Si un riesgo es subordinar en exceso, el otro consiste en yuxtaponer ideas sin marcar explícitamente la relación que las une. Un defecto y otro evidencian, a mi modo de ver, poca práctica de escritura reflexiva.

La concatenación de ideas requiere ir y venir, leer y releer hasta asegurarse de que las ligazones lógicas están bien establecidas, de que no hay saltos de tema, de que cada paso en la construcción de las ideas está justificado en el texto. Se trata de manejar los procedimientos de cohesión entre las partes. Los epígrafes ayudan a pasar de un tema a otro, diferencian claramente los bloques de ideas del texto y ayudan al lector.

8.-El ritmo

Hay otra cuestión que me preocupa cuando escribo, y es que las palabras “suenen bien”. No me refiero solamente a evitar palabras próximas de sonidos semejantes, que disuenan o provocan ripsios molestos. Me refiero sobre todo a una cierta idea del ritmo en la frase. La retórica clásica enseñaba la medida rítmica de las frases finales en los párrafos. Recibí hace años un curso de retórica de manos de Ana Poljak y descubrí gracias a ella que eso que era agradable, que no chirriaba en los textos en prosa, obedecía a leyes internas que nadie hasta entonces me había descubierto. Lo que los clásicos sabían de espondeos, de ritmos trocaicos y otro tipo de combinaciones silábico-rítmicas es una de las razones que hacen su lectura fluida. No recuerdo ya nada de aquellas clases. En algún lugar guardo un cuaderno que recoge algo de lo mucho que Ana nos enseñó, pero creo que de aquellas clases me quedó la escucha interior de los textos, la sensibilidad meramente intuitiva de lo que es aceptable y lo de que requiere reformulación, de lo que acaba redondo y lo que se percibe cojo. Sé que por esa razón me resultan insoportables algunas lecturas.

Hasta ahora he comentado aspectos relacionados con la generación de ideas, con la ordenación de éstas en el texto, con ciertos principios básicos para ligar las palabras, con la eufonía y el ritmo. No he mencionado la selección de términos, esa búsqueda de equilibrio que obliga a huir de la pedantería tanto como de la vulgaridad. Escribir textos de ámbito académico obliga al manejo de un vocabulario preciso, formal y culto. Pero dar con la palabra adecuada resulta a veces muy complicado. Una puede dejar por imposible una frase para volver a ella más tarde, a la búsqueda del término que, no resultando cacofónico, recoja con precisión la idea.

Cuando se va a cambiar una palabra, con frecuencia hay que cambiar la frase. O las frases anteriores. O el párrafo entero. Este mirar y remirar, leer y corregir se puede prolongar hasta el infinito; de hecho, no termina sino cuando el texto debe ser entregado. Por eso son tan buenos los plazos de entrega. Si no existieran, es posible que nunca diéramos por finalizada nuestra tarea. He aquí algunos ejemplos del trabajo de producción de ciertos párrafos de esta conferencia:

Ejemplo nº 1

a) Cuando nos disponemos a escribir, esas formas aprendidas salen de modo automático y la tendencia se autoalimenta. Así se crean las tradiciones. Frente al habla cambiante, la escritura es conservadora, lo que no es extraño, pues para conservar fue inventada. Y lo que conserva no son meramente mensajes, contenidos, sino la forma en que esos contenidos se vehiculan.

(Dos páginas más adelante, vuelvo atrás, leo y corrijo)

b) Cuando nos disponemos a escribir, esas formas aprendidas salen de modo automático y la tendencia se autoalimenta. Así se crean las tradiciones. Frente al habla cambiante, la escritura representa la tradición, es conservadora, lo que no es extraño, pues para conservar fue inventada. Y lo que la escritura conserva no son meramente mensajes o contenidos, sino también y conjuntamente, la forma en que esos contenidos se vehiculan.

(Más tarde)

c) Cuando nos disponemos a escribir, esas formas aprendidas salen de modo casi automático y la tendencia se retroalimenta. Así se crean las tradiciones. Frente al habla cambiante, la escritura representa la tradición, es conservadora, lo que no es extraño, pues para conservar fue inventada

Ejemplo nº 2

a) La tradición castellana en prosa expositiva ha recibido a lo largo del tiempo mucha influencia francesa. Sus rasgos son el **recargamiento**, la reflexión terminológica, el gusto por establecer relación entre **los temas más diversos**, un cierto gusto por el

b) La tradición castellana en prosa expositiva ha recibido a lo largo del tiempo mucha influencia francesa. Sus rasgos son el **recargamiento**, **la reflexión terminológica**, el gusto por establecer relación entre **temas no tangentes**, una cierta obscuridad y

c) La tradición castellana en prosa expositiva ha recibido a lo largo del tiempo mucha influencia francesa. Sus rasgos son el recargamiento, **el rebuscamiento terminológico**, **la obsesión por el matiz**, el gusto por establecer relación entre temas no tangentes, una cierta obscuridad y un discurrir de las ideas de tipo exploratorio, que...

Ejemplo nº 3

a) El exceso de adjetivos, las frases interminables, los rebuscamientos formales son maquillajes que no permiten descubrir lo que hay debajo. Y a **menudao**, debajo no hay apenas nada.

b) El exceso de adjetivos, las frases interminables, los rebuscamientos formales son maquillajes que no permiten descubrir lo que hay debajo. **Y a menudao, debajo no hay apenas nada. En especial en el campo de la lengua y la literatura, este vicio de tapar con mucho ropaje escuálidos contenidos lo poco ha sido moneda corriente. Hablar de "pájaros y flores" le llamo a esa retórica huera que no lleva sino a justificar**

c) El exceso de adjetivos, las frases interminables, las citas eruditas, los rebuscamientos formales son maquillajes que no permiten descubrir lo que hay debajo. **Y con frecuencia ocurre que** debajo **apenas hay nada.**

En especial en el campo de la lengua y la literatura, este vicio de tapar con mucho ropaje **escuálidos contenidos** ha sido moneda corriente. **A esa retórica huera que no lleva sino a justificar la ausencia de ideas algunos la denominamos "hablar de pájaros y flores", pero quizá sea más plástico y aplicable al caso, lo que los letones dicen respecto al discurso de los políticos: "sonido de tonel vacío"**

9.-La lectura crítica

De todas formas, hay un paso anterior a la entrega que yo considero imprescindible, porque me da tranquilidad: es **la lectura del texto por otros ojos** autorizados y críticos. Dependiendo del texto que se trate, pueden ser varios los lectores. Por ejemplo, en relación a los capítulos de un manual sobre enseñanza de segundas lenguas que ahora tengo entre manos, he tenido interés en que amigos diferentes lo lean. Sé que es abusar de la confianza de la gente, pero mis amigos son gente paciente y cariñosa.

En realidad, cada lector me informa de una mirada distinta. Una amiga maestra, excelente profesional y buena lectora me ha dado indicaciones sobre la legibilidad, sobre el grado de claridad de lo que digo, me ha indicado dónde convendría un ejemplo, qué parte no queda demasiado clara. Dos amigos, buenos conocedores del tema, me ha sugerido insistir más en algún aspecto que yo trataba someramente. Una amiga especialista en lengua castellana me ha señalado algunos errores de escritura relacionados con mi dialecto romance de Bizkaia y me ha indicado algún término que podría muy bien ser sustituido por otro a fin de que el tono formal se mantuviera. Mis alumnos-lectores han hecho posible que el borrador de algún capítulo pase la prueba de fuego del público universitario a quien va dirigido y han discutido conmigo la justeza de un esquema que me traía a mal traer. Después de todo ello, he introducido correcciones, he reformulado, ampliado y vuelto a guardar el texto. En los meses que faltan para su entrega, estoy segura de que requerirá aún de ciertos retoques.

A medida que hablo con vosotros tengo la sensación de que alguien puede pensar que si escribir largo es tan complicado, mejor no animarse. Nada más lejos de mi intención. Quisiera haberos comunicado el placer de sentir que una piensa mejor, controla mejor su conocimiento y sus lagunas y en definitiva sabe más, gracias a esta tarea que enseñamos en las escuelas pero que solo podemos conocer a través de una práctica frecuente y reflexiva de nuestra parte.

LOS CRITERIOS DE PUBLICACIÓN

Me han pedido que haga una referencia a los criterios que utilizamos en la revista TEXTOS de Didáctica de la Lengua para la aceptación de artículos. Están relacionados con muchas de las cosas que he dicho hasta ahora, así que los abordaré brevemente.

Las condiciones primeras se refieren a la extensión. Se recomienda no pasar de once o doce páginas, a fin de que el autor no se vea abocado a última hora a reducir su texto, lo que resulta normalmente muy complicado. El número de páginas es algo fijo en la revista, no hay posibilidad de pasarse en la totalidad de ningún modo. Cuando solicitamos los artículos lo hacemos con esa previsión de páginas, lo que obliga a quien escribe a ceñirse fielmente a este requisito.

Respecto al qué y al cómo consideramos debe ser escrito un artículo, tanto los solicitados por nosotros como los que de modo espontáneo nos llegan, son varios los criterios que guían la aceptación o el rechazo:

-Si el tema es adecuado para el público y el objetivo de la revista, que no es otro que ofrecer a los docentes especialistas o interesados en la enseñanza de la lengua un espacio de reflexión crítica sobre la práctica docente, a la luz de los conocimientos psicolingüísticos, sociolingüísticos, lingüísticos y literarios pertinentes para la enseñanza de esas materias en todos los niveles escolares. Evidentemente, la Enseñanza Secundaria tiene prioridad en nuestras páginas, por ser el lugar donde esa reflexión con los alumnos se hace de un modo más cabal.

-Si el texto aporta algo nuevo, es decir, si respecto a lo comunmente conocido o a lo publicado con anterioridad en la propia revista ofrece un paso más allá, una desviación o una aplicación que pueda tener interés.

-Si está escrito con claridad. Si las ideas están ordenadas, si sus partes están delimitadas, de tal modo que la lectura resulte fácil. Agradecemos los cuadros, los esquemas y las explicaciones ilustradas, pero a este respecto, a lo sumo, hacemos sugerencias.

-Si las referencias bibliográficas están reseñadas con claridad y de acuerdo a las convenciones al uso.

-Si mantiene una relación equilibrada entre teoría y práctica. Es decir, esperamos que todo trabajo teórico haga referencia a la enseñanza práctica, sea mirado con los cristales del enseñar y aprender en las aulas. No nos interesan los eruditismos alejados de la realidad, el exceso de citas y la recurrencia a teorías, por muy interesantes que fueran, que no aportan nada a las necesidades de la didáctica de la lengua.

Del mismo modo, no aceptamos aquellos artículos que sean un mero narrar la experiencia. Consideramos que la práctica sin reflexión sirve para poco y que la bondad o inadecuación de la experiencia se calibra en función de unos presupuestos teóricos que, seamos conscientes de ello o no, orientan nuestro trabajo. Por ello, consideramos que todo artículo que ilustre sobre la práctica debe llevar emparejada una explicación de qué consideran sus autores teóricamente bueno y por qué y una justificación de por qué es bueno lo que ofrecen como experiencia.

-Dependiendo del carácter del artículo, lo destinamos a una de las tres secciones que componen cada número: Monografía, Documentos o Propuestas para el aula.

-Las valoraciones las hacemos generalmente desde el equipo directivo. En determinadas ocasiones, en función de la complejidad del tema, podemos enviar el texto a lectores externos que consideramos pueden juzgar con más conocimiento de causa que nosotros².

DESPEDIDA Y CIERRE

Concluyo aquí mi tiempo, ya largo, de exposición. Quisiera terminar aprovechando esta ocasión para animaros a escribir, y también para animaros a publicar. En estas jornadas se han presentado muchas experiencias que podrían muy bien darse a conocer, trascendiendo los límites de este Palacio Europa. Si lo hicierais, colaboraríais en la extensión de la escuela que educa las mentes y la sensibilidad, de esa escuela que estamos intentando construir entre todos.

Muchas gracias por vuestra atención.

² (nota de 2009: la revisión por parte de evaluadores externos al propio equipo directivo es en la actualidad práctica habitual con todo artículo que se desee publicar en nuestra revista)